

era de cedro, y muy venerada. La puso en la navicilla, cerca del gobernalle, y le dijo:

—Señora, sois mi fiadora. Es necesario que el judío Eliazar quede pagado mañana. En ello va mi honor y el vuestro, Señora, juntamente con el de Vuestro Hijo. Lo que un pecador mortal como yo no puede hacer, Vos lo realizaréis de seguro, pura Estrella de la mar, que en vuestro seno nutristeis al que marchaba sobre las aguas. Llevad ese dinero al judío Eliazar, en el Ghetto de Venecia, para que los circuncisos no digan que sois mala fiadora.

Y poniendo la barca á flote se descubrió, y dijo muy quedo:

—¡Adiós, Señora!

Y la barca se hizo á la mar. Durante buen espacio el mercader y la viuda la siguieron con los ojos. La noche descendió: una estela de luz aparecía trazada sobre la mar en calma.

Pues bien; cuando Eliazar abrió su puerta á la siguiente mañana, vió en el estrecho canal del Ghetto una barca cargada de sacos y gobernada por una figurita de madera negra que resplandecía con claridades de alba. La barca se detuvo ante la casa que tenía esculpido el candelabro de los siete brazos. El judío reconoció á la Virgen María y al Niño Jesús, fiadores del mercader cristiano.



A Enrique Gauthier-Villars.

X

HISTORIA DE DOÑA MARÍA DE AVALOS
Y DE DON FABRICIO, DUQUE DE ANDRIA

... Done Marie d'Avalos, l'une des belles princesses du país, mariée avec le prince de Venouse, laquelle s'estant enamourachée du comte d'Andriane, l'un des beaux princes du país aussy, et s'estans tous deux concertez à la jouissance et le mary l'ayant decouverte... les fit tous deux massacrer par gens appostez; si que le lendemain on trouva ces deux belles moitié et créatures exposées et tendues sur le pavé devant la porte de la maison, toutes mortes et froides, à la veue de tous les passants, qui les larmoyent et plaignoyent de leur misérable estat.
(Pierre de Bourdeilles, abbé et seigneur de Branthôme. *Recueil des dames, seconde partie.*)

Hubo grandes fiestas en Nápoles cuando el príncipe de Venosa, rico y poderoso señor, se casó con doña María, de la ilústre casa de Avalos. Doce carrozas, arrastradas por caballos cubiertos de escamas, plumas ó pieles figurando dragones, grifos, leones, linceos, panteras, licornios, paseaban por la ciudad á hombres y mujeres

desnudos, completamente dorados, representando á las divinidades del Olimpo, descendidas á la tierra para celebrar las nupcias venosianas. Veíase en una de las carrozas á un joven alado, que tenía á sus pies tres viejas de fealdad repugnante. Una tablita, colocada encima de la carroza, decía: EL AMOR VENCEDOR DE LAS PARCAS. Esto daba á entender que ambos esposos gustarían juntos dilatados años de felicidad. Pero este amor, más fuerte que el destino, era un falso presagio. Dos años después de su casamiento, durante un día en que fué á cazar pájaros, doña María de Avalos vió al duque de Andría, que era hermoso y muy apuesto, y se enamoró de él. Honrada, bien nacida, escrupulosa de su gloria y en esa primera juventud en que á las mujeres falta bastante audacia para satisfacer sus deseos, se abstuvo de enviar una dueña al gentilhomme para ofrecerle una cita en la iglesia ó en su casa. No quiso manifestar sus sentimientos y esperó á que su buena estrella le llevase al que, en menos tiempo del que se tarda en guiñar un ojo, le había sido más caro que el día. Breve fué su espera. Pues el duque de Andría, que la había encontrado hermosa, fué inmediatamente á rendir sus homenajes al príncipe de Venosa. Encontrándose en el palacio solo con doña María, le preguntó con voz tan dulce como decisiva, qué estaba dispuesta á concederle. Sin demora le condujo ella á su

cuarto y no le escatimó nada de lo que él deseaba. Y cuando le dió gracias de haber cedido á su deseo, ella le respondió:

—Monseñor, ese deseo más era el mío que el vuestro. Y he sido yo quien ha querido que nos abrazásemos, como ha ocurrido, en ese lecho donde os seré propicia cuando gustéis venir.

Y, desde este día, doña María de Avalos recibió en su cuarto al duque de Andría tantas veces como le fué posible, y lo fué con frecuencia, pues el príncipe de Venosa se iba cada momento de caza y pasaba á veces semanas enteras divirtiéndose con sus amigos en una casa que tenía en el campo.

Mientras que doña María estaba acostada con su amigo, su nodriza Lucía vigilaba ante la puerta, rezando el rosario y temblando sin cesar por miedo de que el príncipe volviese inesperadamente.

Era éste un señor muy temido por su genio celoso y violento. Sus enemigos le acusaban de pérfido y cruel. Llamábanle mastín de zorro y de lobo, y dos veces bestia repugnante. Pero sus amigos lo celebraban por conservar un fiel recuerdo de los favores ó daños que se le hacían y de no soportar pacientemente ninguna injuria.

Tres meses cabales hacía que los dos amantes se veían y contentaban sus deseos sin percance ni temor, cuando una mañana fué la nodriza al cuarto de doña María y le dijo:

—Escucha, perla querida; mis palabras no serán flores ni grageas, sino anuncio de un conflicto grave y terrible. Monseñor el príncipe de Venosa ha recibido malos informes sobre ti y el duque de Andría. Hace un momento que le he visto montar á caballo en el patio. Se mordía el bigote, lo que es mal indicio en él. Hablaba á dos hombres de mala catadura, y sólo he oído decirles: «Ved sin ser vistos.» Tal es la recomendación que les hacía el noble príncipe. Por desgracia, calló al verme. Mi hermosa perlitá: tan cierto como que Dios está en el Santo Sacramento, si el príncipe te encuentra con el señor duque de Andría, os matará á los dos, y tú serás muerta. ¿Y qué será de mí?

La nodriza aún habló y suplicó largo rato. Pero doña María de Avalos la despidió sin contestarle.

Como era primavera, se fué á pasear al campo con otras damas de la ciudad. Y, mientras iban por un camino bordeado de espinos floridos, una dama le dijo:

—Doña María, suele ocurrir que los perros siguen los pasos del viajero. Nosotras vamos seguidas por un gran perro negro y blanco.

La princesa volvió la cabeza y pudo ver á un fraile dominico que todas las tardes iba á tenderse en la sombra del palacio Venosa, y que, por el invierno, se calentaba en la cocina.

Entretanto, viendo la nodriza que su señora no

le hacía ningún caso, corrió á advertir al duque de Andría. Este gentilhombre tenía razón, por su parte, para temer que el secreto de sus bellos amores se hubiese descubierto. Viéndose perseguido la víspera por la noche de dos rufianes armados con pistolas, mató á uno de una estocada. El otro pudo huir. El duque de Andría no dudaba ya de que los dos bandidos se los había enviado el príncipe de Venosa.

—Lucía, dijo á la nodriza; debo de temer grandemente el peligro, cuando conmigo amenaza á doña María de Avalos. Dile que, con mucho sentimiento, no volveré á su cuarto en tanto que se aquieten las sospechas del príncipe.

La nodriza comunicó aquella misma tarde estas palabras á doña María, que las escuchó con paciencia y mordiéndose los labios hasta brotarle sangre.

Advertida de que el príncipe estaba á la sazón fuera, ordenó á su nodriza que fuese inmediatamente en busca del duque de Andría y de conducirlo á su cuarto. Cuando hubo llegado, le dijo:

—Monseñor, un día pasado lejos de vos, es el más cruel de los suplicios. Tendré el valor de morir. No tendré el valor de soportar vuestra ausencia. Convendría que no me amaseis si os faltaba fuerza para ello. Convendría que no me amaseis si preferiais á mi amor cualquier otra cosa del mun-

do, aunque fuese mi honor y mi vida. Escoged entre verme todos los días ó no verme jamás.

Él respondió:

—¡Sea enhorabuena, señora, puesto que para nosotros no puede haber hora mala! Os amo como deseáis y más aún que á vuestra propia vida.

Y aquel día, que era un jueves, permanecieron mucho tiempo estrechamente abrazados. Nada ocurrió de notable hasta el lunes de la semana siguiente que, tras la comida del medio día, el príncipe advirtió á su mujer que iba con gran séquito á Roma, llamado por el papa, que era pariente suyo. Y, efectivamente, una veintena de caballos esperaban enjaezados en el patio. El príncipe besó la mano á su esposa como solía hacer cuando se despedía para alguna larga ausencia. Luego, cuando hubo montado á caballo, se volvió hacia ella para decirle:

—¡Dios os guarde, doña María!

Y salió con su séquito. Cuando juzgó que estaban ultramuros, la princesa ordenó á su nodriza que llamase al duque de Andría. La anciana le suplicó que difiriese un encuentro del que presentía daños.

—¡Paloma mía, no recibas hoy al duque de Andría! Durante toda la noche he oído á los criados del príncipe afilar las armas. Oyeme aún, florecilla; el buen hermano que acude á la cocina para recibir el pan cotidiano, acaba de derra-

mar un salero con su manga. Concede algún reposo á tu galán, pequeña mía. Así recibirás más placer en verle después, y él te amará más.

Pero doña María de Avalos respondió:

—Nodriza, si no está aquí dentro de un cuarto de hora, te remito á casa de tus hermanos, en la montaña.

Y cuando el duque de Andría estuvo á su lado, le acogió con ardiente alegría.

—Señor mío—le dijo—, el día nos será favorable y la noche más. Os retengo hasta el alba.

E inmediatamente diéronse besos y se prodigaron caricias. Luego, habiéndose desnudado, se metieron en el lecho y permanecieron abrazados tanto tiempo, que la noche les sorprendió en estrecho nudo. Entonces, como sintiera mucha hambre, doña María sacó de un cofre próximo una torta, confituras secas y un frasco de vino que había tenido buen cuidado de guardar. Cuando hubieron comido y bebido á su sabor, haciéndose todo género de mimos, la luna se elevó y vino tan amistosa á la ventana, que desearon darle la bienvenida. Salieron al balcón, y allí, respirando el frescor del cielo y la dulzura de la noche, vieron revolar sobre la obscura fronda del huerto las moscas de luz. Todo callaba, excepto la estridencia de los insectos en la hierba. Luego se elevó de la calle un rumor de pasos, y doña María reconoció al fraile mendicante que frecuenta-

ba la cocina y los patios del palacio, y que había encontrado un día en el camino florido por donde se paseaba en compañía de dos damas. Cerró suavemente la ventana y volvió al lecho con su amigo. Una hora hacía que estaban acostados y abrazados, susurrándose las más dulces cosas que jamás hubiese inspirado el Amor en Nápoles y en toda la tierra, cuando de súbito oyeron ruido de pasos y armas que subían la escalera; al mismo tiempo vieron una luz roja por los resquicios de la puerta. Y oyeron la voz de la nodriza que exclamaba: «¡Jesús, María, soy muerta!» El duque de Andría se puso de pie, empuñó la espada, y dijo:

—¡Venid, doña María! Es preciso saltar por la ventana.

Pero habiendo salido al balcón y colgándose fuera, vió que la calle estaba guardada y erizada de picas.

Entonces volvió al lado de doña María, que le dijo:

—¡Todo ha concluído! Pero no deploro nada de lo que he hecho, mi querido señor.

Él repuso:

—¡Enhorabuena!

Y se apresuró á ponerse las bragas.

Entretanto, la puerta temblaba á impulso de los grandes golpes que ya empezaban á desquiciarla.

Y prosiguió:

— Desearía saber quién nos ha delatado y vendido.

En el momento de buscar el calzado cedió la puerta, y un tropel de hombres con armas y antorchas se precipitó en la habitación. El príncipe de Venosa iba entre ellos, y gritaba:

—¡Sus al galán! ¡Matadle! ¡Matadle!

El duque se colocó ante el lecho donde estaba doña María, é hizo frente á tres hombres que le acometieron (eran entre todos seis, capitaneados por el príncipe, y eran familiares ó criados). Aunque cegado por el resplandor de las antorchas, el duque de Andría logró parar muchas estocadas, y devolverlas formidables. Pero habiendo tropezado en la vajilla que estaba en el suelo con los restos de la torta y de los dulces, cayó de espaldas. Una espada se le posó en el cuello, él la cogió con la mano izquierda; el hombre le cortó tres dedos al retirarla, y el acero quedó roto. Y como el duque de Andría se sustentaba en la espalda para incorporarse, uno de los agresores le dió tal tajo en la cabeza, que le hizo saltar los huesos del cráneo. Los seis hombres se arrojaron entonces sobre él, y le remataron con tanta precipitación, que unos á otros se herían.

Hecho esto, el príncipe de Venosa les ordenó que estuviesen quietos; y, dirigiéndose hacia doña María de Avalos, que hasta entonces había permanecido en el borde del lecho, la rechazó

con la punta de su acero hasta un rincón de la pared donde estaba el gran cofre de su casamiento. Y, teniéndola allí acorralada, le dijo:

—¡*Puttana!*

Ruborosa de verse desnuda, quiso recoger una cubierta que colgaba del lecho.

Pero él lo impidió dándole un pinchazo que le rasgó el costado.

Entonces, adosada al muro, esperó velándose con los brazos y las manos.

El no cesaba de exclamar:

—¡*Puttaccia!*

Y como no la mataba, la mujer tuvo miedo.

Él lo comprendió y le dijo con alegría:

—¡Tienes miedo!

Pero, indicándole el cuerpo inanimado del duque de Andría, le respondió ella:

—¡Imbécil! ¡Qué quieres que pueda temer ya!

Y para perder su aspecto asolado, procuró recordar una canción que cantaba de soltera, y se puso á tararearla.

Furioso el príncipe al ver que se le burlaba, le pisó en el vientre, gritando:

—¡Ah! ¡*Sporca puttaccia!*

Ella cesó de cantar, y dijo:

—Señor, hace dos años que no he confesado.

Al oír esto pensó el príncipe de Venosa que, si moría condenada, podía aparecérselo durante la noche y llevárselo al infierno. Y le preguntó:

—¿Queréis un confesor?

Ella reflexionó un momento; luego movió la cabeza:

—Es inútil. No puedo salvar mi alma. No me arrepiento. No puedo; no quiero arrepentirme. ¡Le amo! ¡Le amo! ¡Dejadme morir en sus brazos!

Bruscamente desvió la espada, se arrojó de un salto sobre el cuerpo ensangrentado del duque de Andría y lo retuvo en fuerte abrazo.

Viéndola así, el príncipe de Venosa perdió la paciencia que hasta entonces había conservado para no matarla hasta después de hacerla sufrir. Y la cruzó de parte á parte con la espada. Ella gritó: «¡Jesús!», rodó sobre sí misma, se puso de pie, y, tras una pequeña sacudida de todos sus miembros, cayó muerta.

Él la hirió insistentemente en el vientre y en el pecho. Luego dijo á sus criados:

—Arrojad estas dos carroñas al fin de la escalera de honor y abrid de par en par las puertas del palacio para que se conozca la venganza al mismo tiempo que la afrenta.

Y dispuso que el cadáver del amante se despojase como el otro.

Los criados hicieron lo que se les ordenaba. Y todo el día permanecieron al fin de la escalera los cadáveres desnudos del duque de Andría y de doña María. Los viandantes se acercaban á verlos. Y habiendo circulado por la ciudad la noticia

de ambas muertes, un tropel de curiosos se agolpaba ante el palacio. Unos decían: «¡Bien hecho!» Otros, el mayor número, sentíanse movidos de piedad ante espectáculo tan lamentable. Pero no osaban deplorar á las víctimas del príncipe, temiendo ser castigados por los criados que guardaban los cadáveres. Los jóvenes exploraban en el cuerpo de la princesa restos de la belleza que había ocasionado su pérdida y los chiquillos se daban explicaciones sobre lo que veían.

Doña María estaba tendida de espaldas. Los labios se habían contraído, enseñaba los dientes y parecía reír. Sus ojos estaban muy abiertos y blanquísimos. Se le contaban seis heridas: tres en el vientre, muy inflamadas, dos en el pecho, una en el cuello. Ésta sangraba abundantemente y los perros venían á lamerla.

Al caer la noche ordenó el príncipe que, como en los días de fiesta, se colocasen antorchas de resina en los anillos de bronce adheridos á los muros del palacio, y se encendiesen grandes hogueras en el patio para que pudiera verse á los criminales. Una viuda piadosa llevó á media noche algunos lienzos para tapar los cuerpos. Mas, por orden del príncipe, fueron en seguida descubiertos.

Habiendo sabido el embajador de España el indigno trato infligido á una dama de la casa española de Avalos, acudió en persona para rogar

al príncipe de Venosa que cesase inmediatamente en aquel ultraje, que ofendía la memoria del duque de Pescara, tío de doña María, é indignaba en sus tumbas á tantos grandes capitanes de que la dama procedía. Pero tuvo que retirarse sin conseguir nada. Con este motivo escribió á Su Majestad Católica. Los cuerpos persistieron expuestos vergonzosamente. Hacia el remate de la noche, como ya no acudían curiosos, se retiraron los criados.

Un fraile dominico que había esperado ante la puerta todo el día, se deslizó hasta la escalera á la luz humosa de las agonizantes antorchas de resina, subió hasta la grada en que yacía doña María de Avalos, se arrojó sobre el cadáver y lo violó.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO